

Joaquín Díaz Garcés

por ANDRES SABELLA

Hoy, 14 de septiembre, cumple cincuenta años de muerte el periodista Angel Pino, seudónimo de Joaquín Díaz Garcés. Para esta casa periodística, Angel Pino es figura familiar, pues desempeñó el puesto de Secretario de Redacción del recién nacido "Mercurio" de Santiago, el 1.º de junio de 1900, pasando, en noviembre de 1902, a dirigir "Las Últimas Noticias", que acababa de fundarse. El periodismo de Angel Pino fue amable en su ironía, fino en su observación y, sobre todo, tíernameamente chileno, como que, en seguida, firmó dos libros de memorable tono patrio: "Páginas Chilenas", en 1908, y, nueve años más tarde, en 1917, "Páginas de Angel Pino".

Los ingredientes de Angel Pino son sencillos, sin re-lumbrón ni alarde. Es un narrador de estirpe. Detrás suyo se levanta la solemnidad de la tradición; se levanta la maestría de Federico Gana y, ciertamente, la sorna criolla de Jotabeche, su hermano en la gracia directa de sus artículos de costumbres.

Jotabeche dijo, en 1842, que, en Chile, todos los escritores son gentes "de medio pelo". Angel Pino fue a este "medio pelo" para hallar los personajes de sus artículos y cuentos, seguro de encontrar, allí, vetas admirables de interés. Sus héroes son gentes de cuello duro y bolsillos "planchados". Las risas y los llantos que se escuchan en su párrafos, salen de los barrios humildes: en la calle "San Diego", por ejemplo, vive don Serafin, el incendiario moral del negocio "La Bola de Oro"; un bautizo con almuerzo que concluye, con un "valdiviano", a las cinco de la mañana del día siguiente, se efectúa en "Independencia" abajo. En ambos cuentos, Angel Pino caricaturiza con sanguínea, esto es, con profundidad de picardía nacional. Don Serafín no tiene sino el nombre celestial; las señoras del "regado" almuerzo del bautismo, eran todas "señoras de un mismo modelo", gordotas y "con el rítmico balanceo de una fragata". No destila maldad, menos encono o resentimiento, la pluma de Joaquín Díaz Garcés. Sólo buen humor, un ligero buen humor de caballero que no mendiga laureles, porque su gloria anda más bajito: se conforma con que ríamos todos, leyendo sus historias.

Tomás P. Mac Hale nos proporciona un volumen de "Cuentos Escogidos" (Editorial del Pacífico), para conmemorar este cincuentenario de muerte del periodista y cuentista. Predominan, aquí, los temas sonrientes, como la despiadada cuenta de realidad que hace al "héroe" de "la batalla de Huamanga", en que opera, desastrosamente, para el "héroe", aquello de quien con lo ajeno se viste, en la calle lo desnudan. Pero, en otros instantes, Angel Pino es de una ternura varonil formidable: el Maestro Tin-Tin y Juan Neira encarnan dos efigies del más puro rasgo popular. El Maestro Tin-Tin es el obrero enamorado de su oficio. Juan Neira, el campesino de lealtad probada a muerte.

Escribiendo, cotidianamente, Angel Pino aprendió que al lector deben avanzar las palabras, libres de cualquier tropiezo que las retarde. El periodismo fue su herramienta de trabajo. Pero, ella no le vulgarizó la mano, porque cuando ésta debió ascender hasta las cuartillas del cuentista, descubrió la medida que exigen las palabras para perdurar. Raúl Silva Castro elogió la "interesante entonación" con que relató pasajes notables de la vida de nuestra clase media.

A cincuenta años de su deceso, el frescor de sus obras permanece, testimonio que encierra la sal de las verdaderas creaciones.